

MARTÍNEZ-PINNA, JORGE, *Tarquino Prisco*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1996, 440 pp.

Son pocos los historiadores españoles que, como el profesor Jorge Martínez Pinna (en adelante cito J. M. P.) trabajan o investigan sobre el mundo antiguo, en particular historia romana, que acometen la tarea de realizar un trabajo largo y riguroso sobre un objeto histórico cuyo ámbito espacial rebase los límites de nuestra provincia Hispana. Eso, añadido a que el libro que tengo en las manos no es una síntesis de historia general, sino, al contrario, el desarrollo de un objeto histórico singular, hace que el lector de historia antigua no provinciana se acerque a este libro con buena predisposición y con el convencimiento de que *Tarquino Prisco* (cito desde ahora T.P.) es un libro europeo por su pretensión, su método y su tema. Y los resultados no defraudan.

El propósito del libro está enunciado en la p. IX: «situar al primero de los Tarquinos en el lugar que verdaderamente le corresponde» rescatándolo de la oscuridad de ese tiempo que está en el filo de lo mítico y lo histórico, sacándolo de la crisálida de la mitohistoria. Para ello el autor despliega un modelo explicativo compartimentado en capítulos que no se interfieren pero se complementan: La tradición literaria sobre Tarquino Prisco; su origen; la fundación de Roma; el nuevo ordenamiento institucional, y el papel de Roma en el Lacio y en Etruria. Todos los capítulos muestran coherencia interna y unidad temática, si bien unos son más redondos que otros, diferencia por lo demás apenas imperceptible y que se debe al largo proceso de redacción del libro, que en palabras del autor «es fruto de una investigación de muchos años» (p. IX). Si hay que poner alguna objeción al estilo narrativo es que, con el fin de hacerlo más fluido y situar mejor al lector, hubiera sido aconsejable intercalar con sangrados los textos antiguos principales a los que el autor remite continuamente, Tito Livio o Dionisio de Halicarnaso, y aprovechar para dar a conocer textos menos conocidos como la *Oratio Claudiana* del año 48.

Por las características y el contenido de la revista *Ilu*, que acoge esta reseña, voy a referirme seguidamente a uno de los hilos conductores principales del libro: la religión romana, o mejor las instituciones religiosas romanas creadas o intervenidas por Tarquino Prisco.

- *Mundus y Pomerium* son «dos elementos esenciales del ritual etrusco de fundación», introducidos por los Tarquinos. Para J. M. P., en contra por ejemplo de las tesis de Coarelli, la Roma numaica constituía ya un sinecismo de ciudades a mediados del s. VIII a. C., y la creación del *mundus* en Roma (el *ara Saturni* que se ha de identificar con el concepto de *umbilicus u omphalos* griego) es la ritualización o cristalización de un sinecismo precedente simbólico (p. 109). El autor discute la fecha del *mundus patet* en relación con las *Parilia* (fiestas de la fundación de Roma) y otras fiestas de carácter agrario, como las *Cerealia*, *Vinalia*, *Robigalia* y *Floralia*. J. M. P. considera que son las curias nuevas creadas por T. Prisco; las que, respaldadas por nuevas instituciones, legitiman la fundación de Roma *tusco ritu* (pp. 103, 108ss.) y precisamente *junto al rey*. Tal acto ritual fundacional se situaría junto al Comicio (pp. 111 -112). Por otra parte, el estudio del trazado del *pomerium* está en gran parte determinado por la existencia y el establecimiento *intra / extra pomerium* de antiquísimos colegios sacerdotales como los *Sodales Titii*, los *Luperci Fabiani* (supuestamente establecidos en el Quirinal), los *Salii Agonales o Collini*, y los

*Palatinii*, si bien —afirma J. M. P.— ni las fuentes ni la arqueología aportan datos coherentes para asignar la creación de las sedes colegiadas a uno u otro rey / periodo histórico, pero sí destaca que, en todo caso, funcionalmente estas organizaciones estaban integradas en el espacio religioso romano, aun cuando algunos colegios religiosos estuvieran ligados al culto de *Mars Gradivus* cuyo templo se sitúa «al otro lado de la puerta Capena» (p. 117).

-*Urbanismo Sagrado Del Foro*. La expansión de la Romá foraria está ligado a la ubicación y función de la *Sacra Via*, que unía el Foro y el Capitolio. Hay una discusión abierta acerca del trazado de la *Sacra Via*, y en consecuencia sobre la cronología y delimitación de su función religiosa *in ea* o en relación con el desarrollo del «corazón religioso de la Roma arcaica» (de mano de F. Coarelli, J. J. Caerols, e incluso J. M. P. que en este libro *toma posiciones*) discusión en la que no voy a entrar aquí por falta de espacio. J. M. P., en un discurso en el que muestra y disecciona las hipótesis precedentes, al tiempo que con sus descripción acompaña al lector a un paseo visual por el área, considera que la *Sacra Via* se integra coherentemente en el conjunto político-sacro monumental que la delimitan, *Regia* (*domus ubi rex habitat*), y donde el primitivo *Ops* tenía un sagrario) (sobre la *Regia* de T. Prisco ver T.P. pp. 137ss.), *Comitium*, *Mundus*, incluido el propio Capitolio indudablemente *jupiterino* (pp. 127 ss.). *Sacra Via* y Foro están, pues, marcados por la impronta de las formas religiosas más antiguas de Roma, en sus edificios y estatuas y en los ritos allí practicados: el *signum Vortummi*; el templo de Vesta; el *Auguraculum del Arx* (pp. 144 ss. y pp. 173-174), los *sacella* de los Castores, de Volupia, o de *Aius Locutius*. El Foro, desde los estratos más antiguos excavados (de finales del s. VII), evidencia la imbricación de obras (por ejemplo de drenaje) y arquitecturas con el carácter sacro del lugar y, en consecuencia, a divinidades concretas obviamente mucha de ellas antiquísimas. Así Cloacina, luego Venus Cloacina, relacionada con mitos etiológicos romanos y a su vez con ritos purificatorios en el Velabro a los que Tarquinio Prisco dio *un nuevo aire* hasta el punto de considerar que éste es el verdadero artífice de la *Sacra Via*. Cada edificio, cada modificación institucional o ritual iba encaminada a un fin prioritario: reforzar la vinculación *del rex* con el templo de Júpiter sobre el Capitolio (Liv. 1.38.7; Dionis. 3.69) o lo que es lo mismo con Júpiter mismo.

-*Urbanismo Sagrado del Capitolio y del Foro Boario*. *Iuventas* (deidad guerrera, relacionada con Minerva, a la que la tradición asigna el culto, la devoción y posiblemente ciertos ritos de paso de la *iuventus* guerrera aristocrática) *Terminus Capitolinus*, son divinidades que se introducen en el templo de la tríada capitolina, si bien para época de los Tarquinios «es impensable una ciudad sin un culto poliádico» (p. 154), bien definido, añadiría yo, hay que pensar que tanto la tríada poliada titular como los dioses antiguos subsidiarios ocupan, por decirlo así, su parcela de poder religioso y su fracción de representación social. Una estatua de Júpiter Feretrio, de época republicana, y la antigüedad del colegio feciales, consolida la importancia religiosa *antigua del arx* capitolino, aunque según J. M. P. es probable que el depósito votivo se refiriera a un primitivo templo de Júpiter Optimo Máximo fundado por Tarquinio Prisco a comienzos del s. VI (pp. 155-157). En cuanto a la importante área sagrada de San Omobono, en el Foro Boario, atribuida generalmente a Servio Tulio (por ejemplo la construcción de un templo a Fortuna y otro a Mater Matuta), J. M. P. reivindica aquí (pp. 158ss.) el papel de Tarquinio Prisco tras una relectura de las fuentes, especialmente Tito Livio, considerando que la fase más antigua del templo

de Mater Matuta hay que asignarla a Tarquinio Prisco (p. 182).

- *Creación del Culto a la Triada Capitolina*. Asignada por la tradición literaria y arqueológica a Tarquinio Prisco (pp. 174ss.), tal fundación es, según J. M. P. «*e nihilo* porque se necesitaba algo completamente nuevo que soportara y justificara una situación también novedosa» (p. 175). Al primitivo *Iuppiter rex* (que cambió la aposición por los epítetos *optimus maximus*) se unió Juno (quizá síntesis de Juno *Lucina*, de Juno *Curitis* de Falerii y de la Juno *Sospita* de Lanuvium), y Minerva (transposición de la Atenea *Polias*, importada a través de Etruria); de modo que con la instalación en la *cella del* poderoso Júpiter se restaba, o mejor se anulaba, la influencia de ambas divinidades femeninas, «en cuyo honor se practicaban prácticamente todos los ritos» (p. 177), por ejemplo *el triumphus*, *el Equus October*, *el Armilustrum*, tres rituales relacionados con las armas y el ejército o la guerra y competencia en origen de Minerva. La procesión triunfal tocaba varias estaciones tarquinianas de la ciudad: el templo de Mater Matuta, el área de las *tabernae maximae*, *el signum Vortummi*, *el vicus Tuscus*, *el ara Maxima*, *el vallis circensis*, *la Sacra Via* en su tramo forario, pasando junto a la Regia, *el sacellum Cloacinae*, el Comicio y el templo de Júpiter en la colina Capitolina, final natural de la procesión (p. 182).

- *Creación de determinados Rituales*. La cremación de armas es un ritual arcaico romano que se atestigua en el depósito votivo del *Niger Lapis*, en el área del Comicio, en la Via Sacra. Pero es a Tarquinio Prisco a quien se atribuye la creación de este ritual en honor de Vulcano tras su victoria sobre los sabinos (pp. 182-183). J. M. P., siguiendo en este punto una antigua hipótesis de Mommsen, considera que los *ludi Romani*, cuando éstos formaban parte de las ceremonias triunfales, han de atribuirse a Tarquinio Prisco (pp. 186-187). Estos rituales se realizaban en el área del Circo y están relacionados con los *Consualia*, de carácter agrario. También en relación con los *ludi* tenía lugar otra ceremonia —el *epulum Iovis*— o banquete ritual presidido por el *rex* en presencia de las efigies de la triada capitolina. Hay otros rituales asociados a la Regia, donde se situaba *el sacrum Martis*: así, un rito *ante bellum* que consistía en *mover* los *ancilia* y el *hasta Manis* (objetos rituales que utilizaban también los Salios en sus rituales) con el fin de procurar la ayuda del dios guerrero para la guerra (p. 188; para otros rituales relacionados con el *sacrum Manis*, pp. 189ss.). Otra reforma atribuida a Tarquinio Prisco (pp. 200-201) y que no puede desligarse de la religión es la reforma del calendario, que conllevó posiblemente la recalificación del papel ritual del *flamen Dialis*.

- *La reorganización del Sacerdocio de Vesta*. Se debe, sin duda, a Tarquinio Prisco (Dionis. 3.67.2). Tales reformas se concretaron en un estrechamiento de relaciones (topográficas; rituales, funcionales) entre el *rex* y las vestales (pp. 188); asimismo se fijaron en 6 el número de Vestales (según Festo 468 L; ver T.P. p. 27), aunque para otros el artífice del aumento de 4 a 6 es Servio Tulio (Plut. *Num.* 10.1), lo que es indicativo de la contradicción de fuentes antiguas sobre un hecho concreto de época arcaica; y se introdujeron castigos para las faltas de las Vestales, y el concepto de *muerte ritual* de éstas (p. 120).

Este repaso sumario sobre las realizaciones tarquinianas que afectan a la religión romana ilustran a mi juicio la importancia de este personaje a la historia romana en sus orígenes institucionales, pero no de forma general, sino creando o reformando instituciones religiosas que perdurarían muchos siglos y que en definitiva

configuran la imagen de religión tradicional que tenían los antiguos y que ha pervivido hasta nosotros. En efecto, el libro de J. M. P. sirve para resituar y afirmar el papel protagonista de Tarquinio Prisco en la formación de la religión romana como *publica religio*, esto es, religión oficial.

Las 61 páginas de bibliografía que recogen algo más de un millar de títulos, son fiel reflejo del esfuerzo del autor por recopilar las fuentes historiográficas, que no se limita a catalogar, sino que J. M. P. las discute sin restricciones en el cuerpo textual principal, como ya he dicho, y en las notas (pp. 291-367). No pretendo pasar revista exhaustiva a los títulos bibliográficos, pero por su importancia y extensión sí me gustaría añadir un trabajo antiguo, de V. Basanoff, "Il Pomerium Palatinum", publicado en las *Memorie della Reale Accademia dei Lincei*, serie VI, vol. IX, fasc. 1, 109 pp.; que como indica el título trata del primer *pomerium* o circuito periférico urbano trazado por Rómulo que delimita el espacio político religioso de la Urbs, de Roma (sobre este aspecto, pp. 112ss.)

Con este libro, sólidamente armado y esclarecedor en tantos aspectos, es un avance incuestionable sobre el conocimiento *establecido* de la Roma arcaica y prácticamente cierra un capítulo sobre la figura de Tarquinio Prisco. Las realizaciones políticas de este rey son importantísimas, pero lo son aún más las instituciones religiosas introducidas, instauradas o consolidadas por él, a las que he aludido antes. Con ser Tarquinio Prisco el protagonista del libro, tras 300 páginas de lectura uno advierte que de su figura no se obtiene un retrato desmesurado ni apasionado, sino que, al contrario, la mesura discursiva del autor y análisis y discernimiento de las fuentes, literarias y arqueológicas, imprime al personaje una impronta que hay que apuntar al haber del historiador: credibilidad.

Algunas propuestas que hace J. M. P. serán contestadas, posiblemente, desde Italia, por aquéllos cuyas tesis son aquí rigurosamente compulsadas, y rechazadas. Pero eso, a mi juicio, añade valor a este libro que es una excelente obra de historia. Los años le darán la razón y el prestigio; ya lo advierto.

Sabino Perea

ALBERT, M.; BEYLOT, R.; CONQUIN R. G.; OUTTIER, B.; RENOUX, CH.; GUILLAUMONT, A. *Christianismes Orientaux. Introduction a l'Étude des langues et des littératures*, Col. *Initiations au Christianisme Ancien*, Les éditions du Cerf, Paris, 1993, 456 pp.

Con la expresión *Oriente Cristiano* se hace referencia a las regiones y poblaciones cristianas del Próximo Oriente, Egipto, Etiopía, Siria, Mesopotamia, Armenia y Georgia que —desde sus orígenes o a partir de la conquista islámica— se situaron fuera de las fronteras tradicionales del Imperio Bizantino.

En contraposición con el Occidente latino, el cristianismo en Oriente favoreció el cultivo de las lenguas nacionales como expresión de la propia identidad cultural, amenazada por los dominadores griegos o árabes. El uso de las lenguas nacionales llegó a ser un patrimonio de los cristianos orientales (es el caso del copto o del siríaco, que acabaron convirtiéndose en *lenguas cristianas*). La abundante literatura que se conserva es un signo de la vitalidad de estas culturas.

La diversidad y variedad de estos grupos en el terreno cultural, religioso,